

# La artesanía

FADUL-HAGEL-LOPEZ-MOROS

Fotos: MARIANO DIAZ

*"La ARTESANIA no quiere durar milenios ni está poseída por la prisa de morir pronto. Transcurre con los días, fluye con nosotros, se gasta poco a poco, no busca a la muerte ni la niega: la acepta. Entre el tiempo sin tiempo del Museo y el tiempo acelerado de la técnica, la artesanía es el latido del tiempo humano".*

Octavio Paz

Una actividad fundamental del quehacer humano, ha sido la transformación de los elementos que aporta el medio natural en objetos útiles para satisfacer sus necesidades cotidianas.

Este proceso, con elementos muy rudimentarios, es enriquecido por un valor estético, que se añade a su aspecto

funcional; de este modo la actividad artesanal es un modo de expresión artística.

En nuestro país, existe una gama muy diversa de actividades y objetos que puede ser conceptualizados como artesanales. Cada zona, dependiendo de su estilo de vida y actividad económica,

tiene una producción artesanal que le es propia. En la zona costera podemos encontrar atarrayas, cestas (maras, etc.), sombreros de paja y otros objetos relacionados con la pesquería, a la vez que tinajas, sillas mecedoras, muñecas de trapo y de hojas de maíz, hamacas y chinchorros, alpargatas y, en fin, múltiples artículos de uso cotidiano. La cerámica, es una de las actividades más difundidas; sin embargo es la zona andina más rica en esta manifestación, siendo "las loceras" merideñas las más conocidas. También en Los Andes se encuentran talladores de anime, madera y piedra, tejedores de sombreros, petates, cestas, cuchareros y una gran variedad de textiles (cobijas, ruanas, tapices) que trabajan principalmente en lana de ovejo, escardada, hilada, lavada y teñida por el mismo artesano. En Lara podemos encontrar también esta actividad textilera, así como muebles en cuero de chivo, taparas, loza, hamacas, alpargatas y fundamentalmente instrumentos musicales, siendo conocidos en todo el país los cuatros, quintos, requintos, maracas de Quíbor; El Tocuyo, Carora. En la zona central se destacan las máscaras, siendo las más conocidas los Diablos de Yare, aunque también se hacen en otros

Sixto Sarmiento enseñó el arte de tejer cobijas a cada uno de sus hijos. Hoy sigue trabajándolo, junto a su nieta Carmen Consuelo.



Francisco, el menor de los hijos de Sixto Sarmiento, es hoy instructor de la técnica del telar en cursos del INCE.

María y Esteban Monte, cuñados de Sixto Sarmiento, hilando y escardando en su casa-taller de Tintorero.

sitios como Choroni, Canoabo, Patanemo, etc... Hacia las zonas donde aún persisten comunidades indígenas encontramos abundantes manifestaciones propias de esta cultura, que el turismo ha popularizado, como objetos decorativos, aunque la intención inicial fuese su utilización cotidiana y festiva: arcós, flechas y cervatanas para la cacería, cestas de múltiples usos, asientos rituales, chinchorros, taparas, collares, etc... Los Goajiros han desarrollado una industria textil multicolor siendo muy famosos sus tapices, batas, hamacas y alpargatas.

Hoy en día, la industria masiva ha sustituido este modo de producir los objetos de uso cotidiano. La penetración del plástico y otros materiales sintéticos, sustituyen los objetos de uso diario como la loza, cobija, prendas de vestir, sombreros, cestas e incluso la imaginería popular, que quedan excluidos del mercado de consumo de las grandes masas, persistiendo su elaboración en localidades rurales, de difícil acceso y condenados poco a poco a su extinción.

Siendo una actividad que se realiza en el seno de la economía familiar, como una manera de diversificar las fuentes de ingreso, puede incluir a todos sus miembros, realizándose una división del trabajo que le asigna a cada uno la tarea más acorde con su capacidad. Este es el caso de los tejedores de cobijas. Por ejemplo, la familia de Sixto Sarmiento, pionero de este arte en Tintorero, población del Estado Lara. Sus hijos, nietos, cuñados y su compañera Margarita han aprendido de él y participan casi en su totalidad del proceso de producción: escardan la lana, la lavan, secan, tiñen, hilan e incluso, comercializan las cobijas.

El oficio se transmite de generación en generación a medida que los niños se incorporan e interesan en el trabajo. Doña Teodora Torrealba, la más antigua locera de "La Mora" en Sanare, ha legado su arte a toda una familia: a Juana Martínez, su cuñada, a sus sobrinas Coromoto y Yolanda, y a su sobrina-nieta Alicita, quienes continúan dándole forma a esa arcilla que se convierte en chiriguas, vajillas, alcancías y bellas muñecas.

Sin embargo, el cambio en el estilo de vida de la sociedad y la escasa ganancia que se percibe, son factores que han llevado a algunos oficios a carecer de una generación de relevo pues los

jóvenes no se interesan por continuar con esta labor. Es éste el caso de los talladores de anime y los hacedores de sombreros. "No puedo decirle quién me enseñó a tejer sombreros, porque no me enseñó nadie. Me puse yo solito a tejer uno. Después hice uno, me la pasaba en eso". Estas palabras de Juan Félix Sánchez no se le oyen decir ahora a sus familiares y en San Rafael de Mucuchíes ellos siguen la tradición del famoso tío: hacen ruanas, cobijas, tallas, taburetes; pero, sombreros no.

Al estar ubicados lejos de los centros poblados importantes, la adquisición de materias primas y herramientas se les dificulta, por lo que se ven obliga-

**Teodora Torrealba, la más antigua locera de "La Mora" en Sanare que legó su arte a su familia, a Juana Martínez, su cuñada, a su sobrina Coromoto y a su sobrina-nieta Alicita...**



**Juana Martínez. En Yai, junto a sus hijas Coromoto y Yolanda desarrolla el arte transmitido por Teodora.**



**Alicita, siempre al lado de su "mamá" Teodora, hace sus propias muñecas con la técnica que le enseña su tía-abuela.**

dos a realizar sus trabajos con estos limitantes. Esta dificultad se acentúa a medida que se aleja la vivienda del artesano de los centros de producción de la materia prima. Por ejemplo, un tejedor de hamacas de Tintorero, Estado Lara, compra en Barquisimeto el kilogramo de pabilo a Bs. 29; una alpargatera de San Juan de Lagunillas, lo compra en Mérida a Bs. 49.

Los artesanos, en la mayoría de los casos, carecen de un taller o lugar de trabajo adecuado; hacen su trabajo en la misma vivienda que comparten con los demás miembros de la familia y las actividades que éstos realizan. Estas viviendas son en general de un solo ambiente, insalubres y signadas por el hacinamiento.

También el tiempo del artesano debe ser compartido, realizando labores como la agricultura, oficios del hogar y, aun trabajo de obreros, además de la comercialización de su producción.

Todas estas condiciones reducen las posibilidades del artesano de perfeccionamiento de su arte, tanto a nivel técnico como artístico, incidiendo así en el estancamiento y poca valoración que hoy sufre esta actividad.

Las circunstancias que condicionan el proceso productivo, varían con la diversidad de oficios. Es frecuente encontrar, por ejemplo, las casas de las loceras de Aguas Calientes, todas llenas de vasijas crudas, porque las lluvias han impedido quemar la loza, ya que esto se hace con leña, al aire libre. Es frecuente también encontrar a un tallista sin poder trabajar porque vive en un sitio tan retirado de la ciudad, que no ha podido reemplazar una herramienta dañada: este es el caso de José Lucena Betancourt en Humocar Alto, quien esperó largos meses por un cuchillo o navaja apropiada para tallar, que debía llegarle en un transporte colectivo desde Barquisimeto.

La comercialización de los productos en la mayoría de los casos se hace directamente al consumidor, a excepción de aquellos negocios de artesanía que compran para la reventa, con lo cual, al adicionarle los nuevos costos (búsqueda, transporte, etc.), el producto se encarece al consumidor, a la vez que se hace accesible al mismo.

Esto no significa necesariamente que existe una explotación por parte de los revendedores, aunque en muchos casos, como en el de los tejedores de hamacas y chinchorros, la figura del intermediario actúa como un agente



Magdalena Belandria con su arte de toda una vida: muñecos de anime.

de explotación.

Indudablemente el trabajo artesanal es infravalorado, en tanto que el precio de venta del producto no toma en cuenta el esfuerzo necesario que implica producir y crear el objeto artesanal. El dinero que el artesano percibe por su trabajo está calculado sobre la base del costo de la materia prima, sin tomar en cuenta el trabajo incorporado; de allí la escasa ganancia del oficio. Citamos dentro de este contexto, el caso de Magdalena Belandria, una talladora de anime de la población de Bailadores en el Estado Mérida, encantadora viejecita que ha dedicado toda su vida a darle sentido y continuidad a la tradición navideña del pesebre andino, con sus muñequitos de anime. Cada muñequito lo vende entre tres y ocho bolívares y una docena de ovejitas en bolívarés cinco, lo cual constituye una explotación por parte del comprador, independientemente del destino (uso o reventa) que éste le adjudique. Es necesario que tanto los compradores como los mismos artesanos se percaten de que también el trabajo, tiene valor.

Otro agente de comercialización son las instituciones del Estado (EVENAR), cuya función consistiría en la protección y fomento de la actividad artesanal, valorándola justamente. Sin embargo, esto no se da. Tenemos, por un lado, que se especializan en algunos rubros como la cerámica y la cestería, los más conocidos, no tomando en cuenta otros (tallas, por ejemplo), que se ven desprotegidos y destinados al olvi-

do por parte de las instituciones oficiales. Por otro lado, tenemos el incumplimiento de los ofrecimientos, que inciden en la falta de credibilidad por parte del artesano hacia estos entes estatales. Ejemplifica esta aseveración, un taller de cerámica en Aguas Calientes, Estado Mérida, que iba a ser dictado por loceras de la zona, promocionado por EVENAR, el cual nunca se dictó, fue suspendido "hasta nuevo aviso", por "falta de presupuesto". Casos como éste, se dan a menudo, lo cual genera un rechazo a toda iniciativa externa, que es mirada con desconfianza por parte de los artesanos.

También a nivel privado existe una actitud general de menosprecio a estos oficios, que se refleja en no considerar, por ejemplo, como un compromiso adquirido, los encargos que se les hacen a los artesanos. En algunos casos, tampoco se valora la creatividad, al hacerseles encargos con indicaciones precisas sobre formas, adornos y elaboración, que incluso se salen del estilo del artesano, con lo cual pareciera que tan sólo se le utiliza como mano de obra barata, que da cuerpo a una idea que le es ajena.

Teniendo presente entonces toda esta situación que hemos presentado, cabe preguntarse acerca del destino futuro de esta actividad, herencia cultural de nuestro país, que hoy parece destinada a desaparecer al carecer de apoyo tanto institucional como del público al que se dirige.